

Sábado XXXI del TO Ciclo A



11 de noviembre de 2023

Rom 16, 3-9.16.22-27

Sal 144

Lc 16, 9-15

P. Eduardo Suanzes, msp

Antes que nada una consideración: en los tiempos de Jesús el nombre del dios dinero, el dios Mammón, que se encuentra detallado en la literatura del Qumrán, tanto en hebreo como en arameo, tiene (el origen etimológico del nombre) el significado de: «estar seguro, firme», «confiar en». Viene a significar: «aquello en lo que se pone la confianza». Fíjense cómo de este significado ha venido, en hebreo, arameo y griego a derivarse para nosotros a «dinero, posesión, bienes». Debemos situarnos en este significado para ponernos en el mismo plano de Jesús y entender lo que está diciendo.

La primera sentencia del Evangelio que hemos escuchado es un poco enigmática: «*Con el dinero injusto gánense amigos, que cuando ustedes mueran los reciban en el cielo*». Por desgracia, no se nos dice quiénes pueden ser esos “amigos”, lo que hace que la frase sea un tanto oscura. La mención del «dinero injusto» no implica una recomendación y, mucho menos, una justificación de un principio tan difundido como el de que «el fin justifica los medios»; nunca podrá legitimarse el uso de procedimientos tortuosos para alcanzar un resultado, en sí mismo bueno y razonable¹.

Lo que aquí subyace detrás de este versículo son otros como el del Libro de Tobías: «*La limosna libra de la muerte y purifica de todo pecado. Los que dan limosnas gozarán de una larga vida*»²; o como este del Libro de los Proverbios: «*Quien se apiada del pobre presta al Señor*»³. Lo que está diciendo Jesús es que el dinero injusto, lo es, porque en él depositas tu confianza: si en él depositas tu confianza te esclaviza, por lo que debes liberarte compartiéndolo con los necesitados y ellos mismos serán los que te abrirán las puertas del cielo.

Después Jesús le pide a su seguidor, polarización, radicalidad: o Dios o el dinero, que atendiendo al significado del nombre de Mammón, se podría traducir como: o Dios o cualquier otra cosa en la que pones tu seguridad. No hay más alternativa. El evangelio apócrifo de Tomás para remarcar la radicalidad habla de que «no se pueden montar dos caballos a la vez, ni se puede disparar una flecha con dos arcos a la vez».

Uno de esos dos polos regirá necesariamente la existencia, uno de ellos será el centro gravitatorio de tu vida, porque el servicio a ambos es incompatible. Si uno se embarca en una búsqueda febril del dinero, que le subyuga y le esclaviza, no podrá dedicarse sincera y absolutamente al servicio de Dios. El dinero se deifica, se convierte en ídolo, y con todas sus consecuencias. La interpelación al discípulo resuena con toda su radicalidad. ¿Qué escoges?

¹ Cfr. JOSEPH FITZMYER. *El Evangelio según Lucas III. Traducción y comentario*. Ed Cristiandad. Madrid 1987

² Tob 12,9

³ Prov 19, 17

¿A quién quieres servir? El servir con referencia a Dios, indica una dependencia que enaltece, una dedicación que consagra; pero con referencia al dinero, es una esclavitud que envilece, una obsesión que acaba por aplastar como explicará Lucas inmediatamente con la parábola del rico epulón y Lázaro.

Parece que Jesús de Nazaret estuviera en pleno siglo XXI. Acaba de enunciar de forma lapidaria la radical incompatibilidad entre el servicio a Dios y el servicio al dinero. De ahí nace una dialéctica en el sistema de valores. Absolutizar el dinero es despreciar a Dios; la avaricia, como opción humana, es una verdadera abominación a los ojos de Dios pero solo porque nos desvía de lo que realmente somos: su imagen. Esto es justamente lo contrario de lo que el mundo actual persigue. El sistema en el que estamos sumergidos nos empuja decididamente hacia lo contrario. El valor determinante y absoluto del mundo actual es el dinero. En nuestra cultura todo tiende hacia ello, todo nos arrastra hacia ello, de tal manera que si quieres ser feliz (piensa el mundo de hoy) o tienes dinero o simplemente eres un perdedor. Y como camino hacia esa absolutización de valores se nos propone el juego de las apariencias, en contraste con lo real. Jesús nos dice que aparentar justicia, legitimar la propia conducta a los ojos de los demás es una solemne insensatez, por no decir estupidez; Dios es el único que conoce el corazón humano. El prestigio social o incluso la imagen de justicia y de rectitud que puede procurar el dinero es algo que, verdaderamente, no cuenta. Sólo Dios conoce las profundidades del corazón humano, sus ilusiones, sus deseos, sus amores, sus ambiciones; ahí radica la verdadera grandeza, el prestigio real, la categoría inalienable del ser humano. Dios conoce la realidad y no se deja llevar por las apariencias⁴.

⁴ Cfr. JOSEPH A. FITZMYER. *Op.cit.*